

EL DEFENSOR DEL OBRERO

Otra rectificación

Y no leve: Nos referimos al leninismo o régimen ruso, que ya no es soviético, ni comunista, ni marxista, porque de las utopías que engendraron el bolchevismo no van quedando en la misteriosa nación ni los rabos.

Acabamos de leer la ordenanza de los salarios dictada para regular todo lo concerniente a la retribución del trabajo humano. No concebimos documento más retrógrado que éste. Es un verdadero baldón para la república social, según podrán advertir prontamente nuestros lectores.

La ordenanza impone la clasificación de todos los obreros en razón a sus aptitudes y condiciones. Establece asimismo que el trabajo, según su índole, sea retribuido mecánicamente. Esto es, que habrá una ordenanza de salarios, en la que figurará catalogados todos los oficios con indicación del salario correspondiente a cada uno de ellos. (Para el señalamiento de este salario influyen como factores que han de ser tenidos en cuenta, las dificultades del aprendizaje, la responsabilidad inherente al trabajo, el peligro derivado del mismo, etc.) El obrero que no rinda el provecho exigido a la clase y categoría del trabajo en que haya sido colocado, sufrirá diversas penalidades, incluso la retención de los jornales de quince días. En cambio, para el que rinda más, produzca más rápidamente y economice materia prima, habrá primas de producción que le servirán de estímulo.

He ahí, en líneas sintéticas, el esquema del nuevo régimen económico de la producción rusa. Nos quedamos haciendo cruces, porque el lector se habrá percatado ya de que casi todo él es anacrónico. Ese sistema, en efecto, descansa sobre el principio del salario. Ahora bien: no hay ningún pensador de la escuela católica que repunte como régimen perfecto el salario; por el contrario todos — con leyes matricas diferen-

ciales — abogan por su desaparición. Pues en Rusia, ya lo veis, el salario es elevado a la categoría de canon fundamental del comunismo.

¿Qué debe ver la economía en el obrero? Una economía liberal, materialista y mercantilizada, sólo ve en el productor. Este ha sido el grave error de la sociología individualista. Una economía cristiana ve en él, ante todo, al hombre, y no sólo al hombre-unidad, sino al hombre-padre de familia, al hombre-célula social. La economía metalizada dice: a cada hombre, según su rendimiento; la economía espiritualista, dice: a cada hombre, según sus necesidades racionales y físicas. Pues bien; el comunismo ruso se retrotrae de lleno a la barbarie de la economía individual, y dice: cada obrero ganará según lo que produzca. Si es aventajado y produce más de lo que se le exige, será recompensado. Si por negligencia o por torpeza produce menor, será castigado.

No pretendemos excluir del régimen industrial el estímulo que incita a quienes son diligentes, ni el temor que acobarda a quienes son holgazanes. Pero si decimos que hay un minimum de exigencias, nacidas al calor del derecho a la vida, que es deber de vivir y consubstanciales con la naturaleza humana, que han de quedar al margen de esa reglamentación del trabajo, para que nunca se confunda lo que en ella pueda ser aleatorio con lo que implica fuerza sagrada de la racionalidad y altísima categoría que tenemos por ser hombres.

Y el comunismo ruso incurre en ese pecado. Anulado por la necesidad de intensificar la producción, busca por todas partes al hombre máquina, y quiere engrasarlo para que funcione de prisa y con facilidad. Y se olvida de lo que nunca debiera haberse olvidado: de que el trabajo no es una mercancía sujeta a las leyes que rigen las cotizaciones de las restantes mercancías.

Y al propio tiempo, reniega de su ideología ese comunismo transnochado. Porque, en efecto, el comunismo es la negación de lo

individual y la exaltación del uniformismo: es el imperio de la masa-línea recta frente al de las unidades salientes y quebradas, y sin embargo, en Rusia buscan y cultivan la individualidad, y ofrecen primas estimulantes. ¿Para qué? Para que los más activos, los más aptos, los mejor preparados, puedan multiplicar su esfuerzo y ensanchar su potencialidad. He ahí un supremo llamamiento al poderío universal del individuo, como fuente de energías y semillero de vitalidades. Mejor demostración es que el igualamiento ruso de los hombres es una locura, no podíamos aceptarla.

Buano es que estas lecciones undan entre nuestros obreros. Por desgracia los panegiristas del comunismo ruso siguen impertérritos en tarea demoledora. Aun ayer, comentando con uno de ellos esta rectificación flagrantemente de principios y de conducta, hubi de escuchar estas palabras: «Eso no tiene importancia; es una leve concesión a las exigencias de la realidad.» Lo que quiere decir que, como necesitan el espaldarazo de la revolución para consolidar su audillaje ante las multitudes ignoras, que no han de volver en la defensa del tortuoso ideario, por tropiezo más o menos desagradable, ellos no se darán por enterados y continuarán hablando del comunismo ruso, aun a sabiendas de que el primer anticomunista es el propio Lenin. Por eso conviene platificar en «román paladino» con las gentes de buena fe, para plantarles las cosas como son y la verdad a la pata la liana.

JO-E CALVO SOTELO

Adiós a Juan Soldado

Se ha marchado el mi Juan. Él y Rudo el de la Oliva sinch, por el día de San Pedro, con licencia pa que hicieran el agosto con nosotros, y les llaman pa que se vayan a Melilla, donde los moros hizon de las tuyas.

¡Vayan benditos de Dios!, que a cumplir van con la Madre que

si no les crió a sus pechos, grávida perdurable, los parió para que la defendieran y amparasen.

¿Ánsos van los probes milos de seguir con el dilla que relaja las cuerdas de los lomos; pero acuciosos, sin acidia como deben de dir los que tienen conciencia del deber.

¿Ánsos andan los enfelices del trabajar continuo y resco y agobios de la calor, que hacen arrastrarse al ganado en el barbecho; pero no han de afutar como cobardes, ni les han de ajarar para llevarseles, ni con angostas han de calnear los sus pechos, que ya les he visto dir con alborbela, retorciéndose por los meandros del azagador y evanescerse con el polvo de la argila hasta traspasar el acunco de un coterro.

Una glásima me se asulló por las rajaduras de mi rostro barbecho, que me hizo de sorber el mi padre mirándome ojerruzado y hosco.

—No se llora, Pascual me dijo—ni gimla la tu mujer como una artuña.

Déjalos diras, ahí está el honor que yo conquisté de mozo con Odoril, y aquí quedo yo para ayudarte a tirar panes al suelo, que vienen con adumia, man que tenga de agarrarme al hosino y doblar el espinezo; que si está bien y es de ley que lo deba yo, viejo, ante las mitas, no lo estaría que si tu hijo, mozo, le doblara ante los que han querido afonsearse de nosotros, con daños y dolores.

A trabajar yo y tú en las tierras, a velar ellos en el moro, mientras la España como decía aquel señor que nos quedamos tú y yo a oírle parlar en Burgos el día de Santiago, se facunda de nuevo con generaciones de soldaditos guapos y valientes.

Váigan de Dios benditos y con el amor de los que quedamos aguardando en la aladrada. (Que váigan con la bendición de España, y Dios ponga tiento en las manos de los que les váigan de aballar en tierra de moros.)

Por Juan el de los Aurinas,
Angel Menoyo Portales